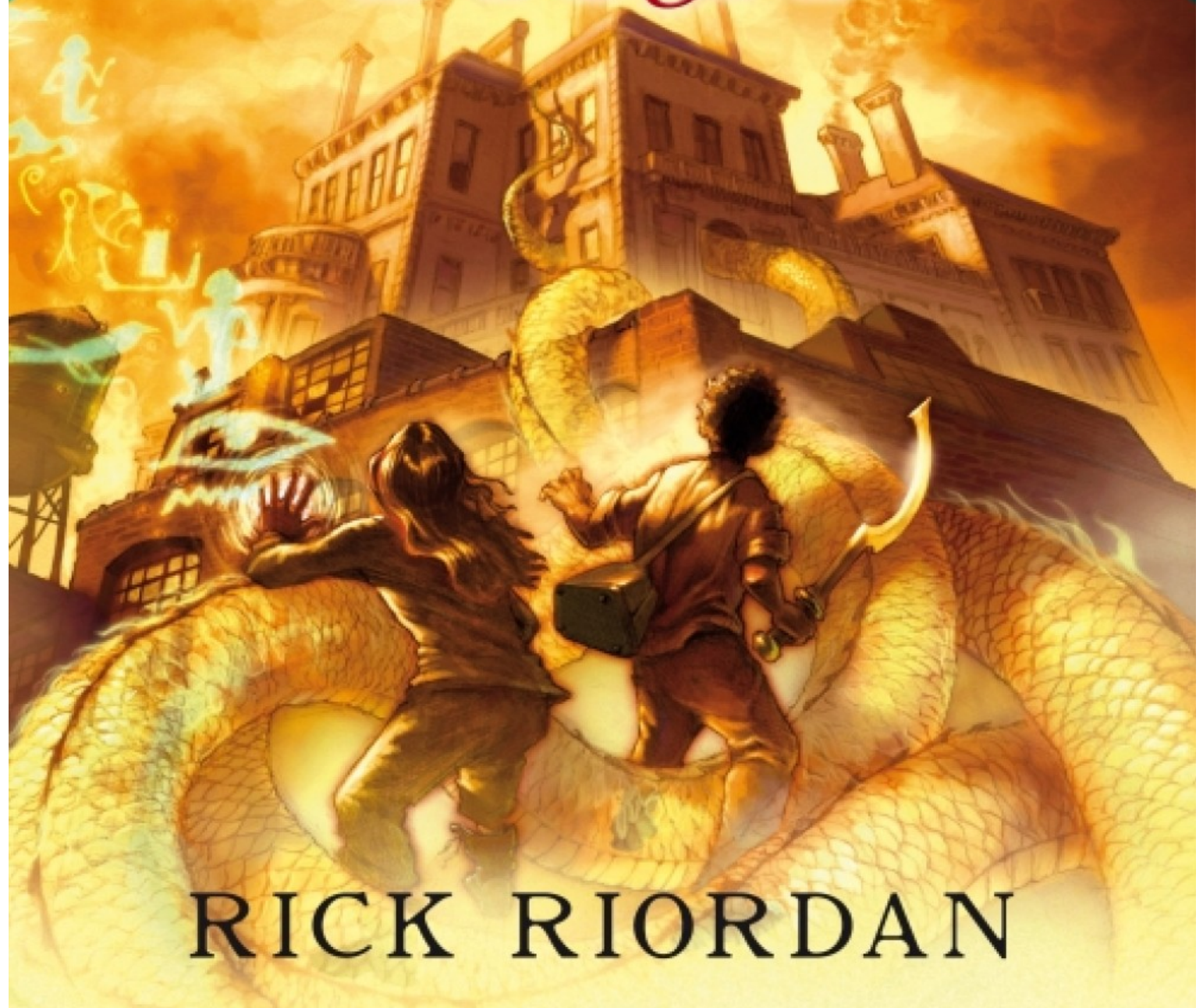




LA
**PIRÁMIDE
ROJA**



RICK RIORDAN

SERIE INFINITA

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionados con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Título original: *The Kane Chronicles Vol. 1: The Red Pyramid*
Publicado por acuerdo con Nancy Gallt Literary Agency y Sandra Bruna
Adaptación de la portada de Joann Hill: Random House Mondadori /
Judith Sendra

Primera edición: noviembre de 2011

© 2010, Rick Riordan

© 2011, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2011, Manuel Viciano Delibano, por la traducción

Ilustraciones de los jeroglíficos de Michelle Gengaro-Kokmen

Ilustración de la cubierta: © John Rocco

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-8441-755-2

Depósito legal: B-34.542-2011

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso y encuadernado en Rotocayfo (Impresia Ibérica)

Ctra. Nacional II, km. 600

08620 Sant Vicenç dels Horts

GT 1 7 5 5 2

*Dedicado a todos mis amigos bibliotecarios, campeones
de los libros, auténticos magos de la Casa de la Vida.
Sin vosotros, este escritor se habría quedado perdido en la Duat.*

Advertencia

El texto que sigue es la transcripción de una grabación digital. La calidad del audio en varios de los pasajes era muy baja, por lo que algunas palabras y frases representan las suposiciones más probables que ha podido hacer el escritor. Se han añadido ilustraciones de los símbolos importantes mencionados en la grabación, allí donde ha sido posible. Los ruidos de fondo, como las refriegas, golpes e insultos de los dos narradores, se han excluido de la transcripción. El escritor no se hace responsable de la autenticidad de la grabación. Parece imposible que los dos jóvenes narradores estén diciendo la verdad, pero te corresponde a ti, lector, decidir por ti mismo.



1. Una muerte en la Aguja

C
A
R
T
E
R

Tenemos solo unas pocas horas, así que escucha con atención. Si estás oyendo esta historia, ya corres peligro. Sadie y yo podríamos ser tu única esperanza.

Ve a la escuela. Busca la taquilla. No voy a decirte qué escuela ni cuál es la taquilla, porque, si eres la persona adecuada, la encontrarás. La combinación es 13-32-33. Cuando termines de escuchar esto, sabrás lo que significan esos números. No olvides que la historia que vamos a contarte todavía no está acabada. Su final depende de ti.

Lo más importante de todo: cuando abras el paquete y encuentres lo que contiene, no te lo quedes más de una semana, pase lo que pase. Te será difícil deshacerte de él, eso seguro. Al fin y al cabo, te proporcionará un poder casi ilimitado. Pero, si lo conservas demasiado tiempo, te consumirá. Aprende sus secretos rápidamente y pásaselo al siguiente. Ocúltalo para la siguiente persona, del mismo modo que hemos hecho Sadie y yo para ti. A partir de ese momento, prepárate para que tu vida se vuelva muy, muy interesante.

Vale, me dice Sadie que deje de andarme por las ramas y me ponga con la historia. Bien. Supongo que todo empezó en Londres, la noche en que nuestro padre hizo explotar el Museo Británico.

Me llamo Carter Kane. Tengo catorce años de edad y mi hogar es una maleta.

¿Crees que estoy de broma? Desde que tenía ocho años, mi padre y yo estuvimos viajando por el mundo. Nací en Los Ángeles, pero mi padre es arqueólogo y su trabajo le obliga a moverse por todas partes. Vamos sobre todo a Egipto, ya que es su especialidad. Si vas a una librería y buscas algún libro sobre Egipto, hay bastantes probabilidades de que esté escrito por el doctor Julius Kane. ¿Quieres saber cómo sacaban los cerebros de las momias, o cómo construyeron las pirámides, o cómo maldijeron la tumba del rey Tut? Pregúntale a él. Por supuesto, mi padre tenía otras razones para moverse tanto por el mundo, pero entonces yo aún no conocía su secreto.

No fui al colegio. Mi padre me enseñaba en casa, si se puede llamar a algo enseñanza «en casa» cuando no se tiene casa. A grandes rasgos, me enseñó lo que él pensaba que era importante en cada momento, por lo que aprendí mucho sobre Egipto, sobre estadísticas de baloncesto y sobre sus músicos favoritos. Además, yo leía mucho (prácticamente todo lo que caía en mis manos, desde los libros de historia de mi padre hasta novelas de fantasía), porque pasaba casi todo el tiempo sentado en hoteles, aeropuertos y excavaciones, en países donde no conocía a nadie. Mi padre siempre me decía que dejara el libro y jugara un poco al baloncesto. ¿Alguna vez has intentado montar equipos para echar un partido en Asuán, Egipto? No es tarea fácil.

El caso es que mi padre me enseñó desde pequeño a tener todas mis posesiones en una sola maleta que pudiera llevar como equipaje de mano en los aviones. Él tenía sus cosas guardadas del mismo modo, solo que además llevaba una bolsa de trabajo con sus herramientas de arqueología. Regla número uno: yo tenía prohibido mirar en su bolsa de trabajo. Una regla que nunca violé hasta el día de la explosión.

Sucedió en Nochebuena. Estábamos en Londres porque nos tocaba visitar a mi hermana, Sadie.

Papá solo podía pasar con ella dos días al año, uno en invierno y otro en verano, porque resulta que nuestros abuelos le odian. Cuando murió nuestra madre, los padres de ella (nuestros abuelos) entablaron una intensa batalla contra él en los tribunales. Después de seis abogados, dos peleas a puñetazos y un ataque casi letal con una espátula —no preguntes—, mis abuelos se hicieron con la custodia de Sadie en Inglaterra. Ella tenía solo seis años, dos menos que yo, y los abuelos no podían mantenernos a los dos... o al menos esa fue la excusa que pusieron para no adoptarme a mí. Por tanto, Sadie creció como una alumna de escuela británica, y yo viajé por ahí con mi padre. Solo veíamos a Sadie dos veces al año, lo cual a mí me parecía bien.

[Cierra el pico, Sadie. Sí, sí, ya llego a esa parte.]

Bueno, total, que mi padre y yo acabábamos de aterrizar en Heathrow después de sufrir un par de retrasos. Era una tarde lluviosa y fría. Mi padre dio la sensación de estar un poco nervioso durante todo el trayecto en taxi hasta la ciudad, y eso que es un tío grandote y no parece que vaya a ponerse nervioso por nada. Tiene la piel del mismo tono marrón oscuro que yo, ojos castaños y penetrantes, se afeita la cabeza y lleva perilla, lo que le da aspecto de científico maligno aficionado. Aquella tarde llevaba puesto su abrigo de cachemira y su mejor traje marrón, el que utilizaba para dar sus conferencias. Por lo general, emana tanta confianza que domina cualquier habitación donde entre, pero en algunas ocasiones, como ese día, mostraba una faceta distinta que yo no comprendía del todo. Miraba una y otra vez por encima del hombro, como si nos persiguiera alguien.

—¿Papá? —dije mientras salíamos de la A-40—. ¿Qué pasa?

—Ni rastro de ellos —murmuró. Entonces debió de darse cuenta de que lo había dicho en voz alta, porque me miró como sorprendido—. Nada, Carter. Todo va bien.

Lo cual no me tranquilizó para nada, porque mi padre miente fatal. Yo siempre lo notaba cuando me ocultaba algo, pero también

sabía que no le sacaría la verdad por mucho que le diera la lata. Seguramente intentaba protegerme, aunque yo no habría sabido decir de qué. A veces me preguntaba si había algún secreto turbio en su pasado, si tal vez tenía algún viejo enemigo que le pisara los talones, pero la idea me parecía ridícula. Mi padre solo era un arqueólogo.

La otra cosa que me tenía en ascuas: mi padre estaba abrazado a su bolsa de trabajo. Cuando lo hace, suele significar que corremos peligro, como la vez en que unos pistoleros asaltaron nuestro hotel en El Cairo. Oí unos disparos en el vestíbulo y bajé corriendo para buscar a mi padre. Cuando llegué, él ya estaba cerrando la cremallera de su bolsa con toda la tranquilidad del mundo, y había tres pistoleros inconscientes colgando de la lámpara de araña, con las chilabas tapándoles las cabezas y los calzoncillos al aire. Papá aseguró a todo el mundo que no había visto nada de lo ocurrido, y al final la policía achacó el incidente a un fallo incomprensible en el mecanismo de la lámpara.

En otra ocasión nos sorprendieron unos disturbios que hubo en París. Mi padre se aproximó al coche aparcado que teníamos más cerca, me metió en el asiento trasero y me dijo que me escondiera. Yo me quedé tumbado en el suelo y cerré los ojos con fuerza. Oía a mi padre en el asiento del conductor, hurgando en su bolsa, murmurando para sí mismo mientras, fuera, la multitud destrozaba cosas. Pocos minutos después me dijo que ya podía levantarme. Todos los otros coches aparcados junto a la acera estaban volcados e incendiados. En cambio, el nuestro estaba recién lavado y encerado, y tenía varios billetes de veinte euros sujetos en el limpiaparabrisas.

En resumen, con el tiempo, me había acostumbrado a respetar aquella bolsa. Era nuestro talismán de la buena suerte. Aun así, que mi padre la abrazara significaba que íbamos a necesitar esa buena suerte.

Circulábamos por el centro de la ciudad en dirección al este, hacia el piso de mis abuelos. Pasamos por delante de las puertas doradas del Palacio de Buckingham y dejamos a un lado la gran columna de piedra que hay en Trafalgar Square. Londres mola bastante,

pero, después de pasar tanto tiempo viajando, todas las ciudades empiezan a parecerse. A veces conozco a chicos que me dicen: «Uau, qué suerte tienes de hacer tantos viajes». Pero no es que pasemos todo el día haciendo turismo ni que tengamos mucho dinero para viajar con comodidad. Hemos dormido en sitios de lo más duros, y muy pocas veces permanecemos más de unos días en el mismo lugar. Lo normal es que tengamos más pinta de fugitivos que de turistas.

A ver, sería de locos pensar que el trabajo de mi padre es peligroso. Sus conferencias tienen títulos como «¿De verdad puede matarte la magia egipcia?», o «Castigos usuales en el inframundo egipcio», o historias de ese estilo que no importan a casi nadie. Pero, como estaba diciendo, también tiene esa otra faceta. Siempre va con mucho cuidado; registra a fondo las habitaciones de hotel antes de dejarme entrar a mí. Se mete a toda prisa en un museo para ver algunas piezas, toma cuatro notas y sale muy rápido de allí, como si le diera miedo que su cara apareciera en las grabaciones de seguridad.

Una vez, hace algún tiempo, cruzamos corriendo todo el aeropuerto Charles de Gaulle para coger un vuelo en el último minuto, y mi padre no se calmó hasta que el avión hubo despegado. En esa ocasión le pregunté directamente de qué estábamos huyendo, y me miró como si le acabara de quitar la anilla a una granada. Por un instante, temí que me contase la verdad. Entonces respondió:

—Carter, no es nada.

Lo dijo como si «nada» fuera lo más terrible del mundo. Después de eso, decidí que tal vez fuese mejor no indagar más.

Mis abuelos, el matrimonio Faust, viven en una zona residencial cercana al muelle Canary, en la misma orilla del río Támesis. El taxista nos dejó junto al bordillo de la acera, y mi padre le pidió que esperara.

Habíamos recorrido la mitad de la acera cuando mi padre se quedó petrificado. Se dio la vuelta para mirar hacia atrás.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Entonces vi al hombre de la gabardina. Estaba en la acera de enfrente, apoyado en un árbol grande y muerto. Era un hombre muy fornido, con la tez de color café tostado. La gabardina y el traje negro de rayas parecían de los caros. Tenía el pelo largo y recogido en trencitas, y llevaba un sombrero fedora calado hasta las gafas, redondas y oscuras. Me recordó a un músico de jazz como los que mi padre siempre me obligaba a ver en directo. Aunque no veía los ojos del hombre, me dio la impresión de que nos observaba. Podría haberse tratado de algún viejo amigo o un colega de mi padre. Allá donde fuéramos, él siempre se encontraba con conocidos. Aun así, me pareció raro que el tío estuviera allí plantado, en la misma calle donde vivían mis abuelos. Además, no parecía contento.

—Carter —dijo mi padre—, ve tú por delante.

—Pero...

—Recoge a tu hermana. Nos reuniremos en el taxi.

Cruzó la calle en dirección al hombre de la gabardina y me dejó con dos alternativas: seguirle y enterarme de lo que pasaba o hacerle caso.

Elegí la opción ligeramente menos peligrosa de las dos. Fui a recoger a mi hermana.

Sadie abrió la puerta sin darme tiempo de llamar siquiera.

—Tarde, como siempre —dijo.

Llevaba en brazos a su gata, Tarta, que había sido el regalo con que mi padre se despidió de ella seis años antes. Tarta no parecía envejecer ni engordar por mucho que pasaran los años. Su pelaje tenía las manchas amarillas y negras de un leopardo en miniatura, unos ojos amarillentos y despiertos y las orejas terminadas en punta, demasiado largas para su cabeza. Llevaba un colgante egipcio de plata sujeto al collar. En realidad, no se parecía en nada a una tarta, pero Sadie era muy pequeña cuando le puso el nombre, así que supongo que es mejor no tenérselo en cuenta.

Sadie tampoco había cambiado demasiado desde el verano anterior.

[Mientras grabo esto, la tengo de pie al lado mirándome con mala cara, así que tendré que andarme con cuidado para describirla.]

Nunca adivinarías que es hermana mía. Para empezar, lleva tanto tiempo viviendo en Inglaterra que ya se le ha pegado el acento británico. En segundo lugar, ha salido a nuestra madre, que era blanca, por lo que tiene la piel mucho más clara que la mía. Su pelo es del color del caramelo, no exactamente rubio, pero tampoco castaño, y suele teñírsele con mechas de colores vivos. Ese día llevaba mechas rojas por el lado izquierdo. Tiene los ojos azules. No miento. Azules, como los de nuestra madre. Con solo doce años, es exactamente igual de alta que yo, cosa que me fastidia bastante, la verdad. Estaba mascando chicle como de costumbre, y para pasar el día con papá se había puesto unos vaqueros hechos polvo, chaqueta de cuero y botas militares, como si esperase ir a un concierto y liarse a pisotones con alguien. Llevaba unos auriculares colgando de los hombros, por si acaso se aburría de nuestra conversación.

[Muy bien, no me ha pegado, así que supongo que no la habré descrito mal del todo.]

—El avión se ha retrasado —le dije.

Ella hizo explotar una pompa de chicle, rascó la cabeza de Tarta y soltó a la gata dentro de la casa.

—¡Abuela, me voy!

Desde algún lugar, la abuela Faust contestó algo que no logré entender, aunque posiblemente sería: «¡Que no entren!».

Sadie cerró la puerta y me contempló como si viera a un ratón muerto que acabara de traerle la gata.

—Bueno, aquí estáis otra vez.

—Ajá.

—Pues vamos —dijo con un suspiro—. A ello.

Así era Sadie. Ni «Hola, ¿cómo ha ido estos seis meses? Me alegro de verte», ni nada por el estilo. Que conste, a mí me parecía bien. Cuando dos personas se ven solo dos veces al año, la relación

es más de primos lejanos que de hermanos. No teníamos absolutamente nada en común excepto nuestros padres.

Bajamos la escalera despacio. Yo iba pensando que Sadie olía a casa de viejos mezclada con chicle cuando se detuvo tan de golpe que tropecé con ella.

—¿Quién es ese de ahí? —preguntó.

Casi me había olvidado del tipo de la gabardina. Estaba con mi padre al otro lado de la calzada, junto al árbol muerto, manteniendo lo que parecía una discusión seria. Mi padre se encontraba de espaldas y no se le veía la cara, pero gesticulaba como suele hacer cuando está nervioso. El otro tío tenía el ceño fruncido y negaba una y otra vez con la cabeza.

—No sé —respondí—. Cuando hemos aparcado, ya estaba ahí.

—Me suena de algo. —Sadie arrugó la frente como intentando recordar—. Vamos a verlo.

—Papá quiere que esperemos en el taxi —repliqué, aunque sabía que no serviría de nada.

Sadie ya estaba en movimiento. En vez de cruzar directamente la calle, salió corriendo acera arriba, recorrió media manzana ocultándose de coche en coche, cruzó al otro lado y se agachó detrás de un murito de piedra. Entonces empezó a aproximarse a nuestro padre con sigilo. Casi no tuve más remedio que seguirla, aunque me hizo sentir un poco idiota.

—Seis años en Inglaterra —murmuré— y ya cree que es James Bond.

Sadie me hizo un gesto sin volverse y siguió acercándose a hurtadillas.

Unos pocos pasos más y ya estábamos justo detrás del gran árbol muerto. Al otro lado se oía a mi padre diciendo:

—... he de hacerlo, Amos. Tú sabes que es lo correcto.

—No —dijo el otro hombre, que debía de ser Amos. Tenía la voz profunda, el tono llano, apremiante, y hablaba con acento estadounidense—. Si no soy yo quien te detiene, Julius, serán ellos. El Per Anj te pisa los talones.

Sadie se giró hacia mí y me dijo en voz baja:

—¿El Per... qué?

Yo meneé la cabeza, tan desconcertado como ella.

—Vayámonos de aquí —susurré, porque daba por sentado que nos pillarían en cualquier momento y nos meteríamos en un buen lío. Sadie, por supuesto, no me hizo ni caso.

—No saben lo que planeo —estaba diciendo mi padre—. Para cuando se den cuenta, ya...

—¿Y los niños? —preguntó Amos. Se me erizó el vello de la nuca—. ¿Qué pasa con ellos?

—He hecho preparativos para su protección —dijo mi padre—. Además, si no hago esto, estaremos todos en peligro. Y ahora, aparta de mi camino.

—No puedo, Julius.

—Entonces, ¿lo que buscas es un duelo? —El tono de papá era muy grave—. Jamás pudiste vencerme, Amos.

Yo no había visto ponerse violento a mi padre desde el Gran Incidente de la Espátula, y no tenía muchas ganas de que se repitiera aquello, pero poco a poco iba quedando claro que habría pelea.

Antes de que yo pudiera hacer nada, Sadie se levantó de golpe y gritó:

—¡Papá!

Él puso cara de sorpresa cuando mi hermana le hizo un placaje-abrazo, pero ni la mitad que el otro tío, Amos, que retrocedió tan rápido que tropezó con su propia gabardina.

Amos se había quitado las gafas. Al verle la cara, tuve que dar la razón a Sadie: de verdad tenía un aspecto familiar, como si me despertara un recuerdo muy lejano.

—Yo... tengo que irme —dijo. Se alisó el sombrero y echó a andar alicaído por la acera.

Nuestro padre lo miró marcharse. Con un brazo rodeaba los hombros de Sadie, en actitud protectora, y tenía el otro metido en la bolsa de trabajo, que llevaba colgada del hombro. Por fin, cuando Amos desapareció por una esquina, papá se tranquilizó. Sacó la mano de la bolsa y sonrió a Sadie.

—Hola, cariño.

Sadie se apartó y se cruzó de brazos.

—Ah, conque «cariño», ¿eh? Llegas tarde. ¡Ya casi no queda nada del día de visita! Además, ¿de qué iba todo eso? ¿Quién es Amos?, ¿qué es el Per Anj?

Mi padre se puso tenso. Me miró un instante, como preguntándose cuánto habíamos escuchado.

—No es nada —dijo, intentando sonar animado—. Tengo planeada una tarde estupenda. ¿A quién le apetece hacer una visita privada al Museo Británico?

Sadie se reclinó en el asiento trasero del taxi, entre nuestro padre y yo.

—No puedo creérmelo —refunfuñó—. Una tarde que pasamos juntos y quieres dedicarte a investigar.

Papá intentó sonreír.

—Cariño, será divertido. El conservador de la colección egipcia me ha invitado personalmente...

—Ya. Qué raro. —Sadie sopló para apartarse un mechón rojizo de la cara—. Vamos a pasar la Nochebuena mirando un puñado de reliquias mohosas de Egipto. ¿Es que nunca piensas en otra cosa?

Mi padre no se enfadó. Nunca se enfada con Sadie. Se quedó mirando por la ventanilla hacia la lluvia y el cielo, que ya oscurecía.

—Sí —dijo, casi para sí mismo—. Sí que pienso.

Siempre que mi padre se ponía a hablar bajito y mirar a la nada, yo sabía que tenía que ver con nuestra madre. Se había repetido mucho durante los últimos meses. Por ejemplo, yo entraba en nuestra habitación de hotel y me lo encontraba con el móvil en las manos, mirando la sonrisa que mamá le dedicaba desde la pantalla. En esa foto llevaba el pelo recogido con un pañuelo, y sus ojos azules refulgían en contraste con el desierto de fondo.

O a lo mejor papá y yo estábamos en alguna excavación. Si él se quedaba mirando al horizonte, yo sabía que recordaba el día en que se conocieron: dos jóvenes científicos que excavaban una tumba perdida en el Valle de los Reyes. Mi padre era egiptólogo; mi madre,

una antropóloga en busca de ADN antiguo. Él me había contado la historia miles de veces.

El taxi fue sorteando el tráfico por la ribera del Támesis. Justo al dejar de lado el puente de Waterloo, mi padre tensó los músculos.

—Jefe —dijo—. Pare aquí un momento.

El taxista aparcó en el muelle de Victoria.

—¿Qué pasa, papá? —pregunté.

Salió del taxi como si no me hubiera oído. Cuando Sadie y yo lo alcanzamos en la acera, estaba contemplando la Aguja de Cleopatra.

Por si no la habéis visto nunca: la Aguja es un obelisco, no una aguja de verdad, y tampoco tiene nada que ver con Cleopatra. Imagino que, cuando los británicos la llevaron a Londres, pensarían que el nombre molaba. Mide unos veinte metros, lo que en el antiguo Egipto debía de ser una altura impresionante, pero, con el Támesis de fondo y rodeada de tantos edificios altos, parece una cosa pequeña y triste. Podrías pasar por delante en coche sin darte cuenta de que allí hay algo mil años más viejo que la ciudad de Londres.

—Dios. —Sadie caminaba frustrada en círculos—. ¿Siempre tenemos que pararnos en absolutamente todos los monumentos?

Mi padre miraba fijamente la punta del obelisco.

—Tenía que verla otra vez —murmuró—. El lugar donde ocurrió...

Soplaba un viento helado desde el río. Yo quería volver al taxi, pero mi padre empezaba a preocuparme de verdad. Nunca lo había visto tan abstraído.

—¿Qué, papá? —pregunté—. ¿Qué ocurrió aquí?

—Fue el último lugar donde la vi.

Sadie dejó de pasearse. Me miró dudosa, con el ceño fruncido, y luego pasó a papá.

—Un momento, ¿te refieres a mamá?

Mi padre acarició el pelo de Sadie por detrás de la oreja, y ella se quedó tan sorprendida que ni siquiera le apartó el brazo.

Me sentí como si la lluvia me hubiera enfriado hasta congelarme. La muerte de mamá siempre había sido un tema tabú. Yo sabía

que ella había muerto por accidente en Londres y que mis abuelos echaban la culpa a mi padre. Pero nadie quería contarnos los detalles. Ya había renunciado a interrogar a mi padre, en parte porque se ponía muy triste y en parte porque nunca, jamás, aceptaba contarme nada. Solo decía: «Cuando seas más mayor», que es la respuesta más frustrante que existe.

—Así que murió aquí —dije—. ¿En la Aguja de Cleopatra? ¿Qué pasó?

Mi padre agachó la cabeza.

—¡Papá! —se enfadó Sadie—. Todos los días paso por aquí delante, ¿y ahora me estás diciendo que en todo este tiempo ni siquiera lo sabía?

—¿Aún tienes la gata? —quiso saber él; nos pareció una pregunta de lo más idiota.

—¡Pues claro que aún tengo la gata! —exclamó Sadie—. ¿Qué tiene eso que ver?

—¿Y el amuleto?

Sadie se llevó la mano al cuello. Poco antes de que se fuera a vivir con los abuelos, cuando los dos éramos pequeños, mi padre nos había dado un amuleto egipcio a cada uno. El mío era un Ojo de Horus, un símbolo de protección muy popular en el antiguo Egipto.



Mi padre dice que el símbolo moderno de los farmacéuticos, \mathbb{R} , es en realidad una versión simplificada del Ojo de Horus, porque se supone que la medicina está para protegernos.

Bueno, el caso es que yo siempre llevaba el amuleto por debajo de la camisa, pero suponía que Sadie habría perdido el suyo o lo habría tirado a la basura.

Mi hermana me sorprendió asintiendo.

—Pues claro que lo tengo, papá, pero no cambies de tema. La abuela no para de decir que tú provocaste su muerte. Es mentira, ¿no?

Los dos esperamos. Por una vez, Sadie y yo queríamos exactamente lo mismo: la verdad.

—La noche en que murió vuestra madre —empezó a decir mi padre—, aquí en la Aguja...

Un fogonazo repentino iluminó todo el muelle. Me volví, medio cegado, y por un instante vislumbré dos siluetas: un hombre pálido y alto, de barba bifurcada y vestido con una chilaba color vainilla, y una chica de piel cobriza que vestía de azul oscuro y llevaba turbante. Era la clase de ropa que había visto mil veces en Egipto. Los dos estaban allí de pie, uno junto al otro, a menos de seis metros de distancia y mirándonos. Entonces la luz se apagó. Las siluetas se disolvieron como los brillos en la retina después de un fogonazo. Cuando mis ojos volvieron a acostumbrarse a la oscuridad, ya no quedaba nada.

—Esto... —dijo Sadie, nerviosa—. ¿Vosotros habéis visto eso?

—Meteos en el taxi —dijo mi padre mientras nos empujaba hacia el bordillo—. Se nos acaba el tiempo.

A partir de aquel momento, mi padre no volvió a abrir la boca.

—Este no es sitio para hablar —explicó, lanzando una mirada a nuestras espaldas.

Prometió al taxista una propina de diez libras si nos dejaba en el museo antes de cinco minutos, y el hombre se aplicó en la tarea.

—Papá —intenté—, esa gente que había en el río...

—Y el coleguita de antes, Amos —intervino Sadie—. ¿Son de la policía egipcia o algo así?

—Escuchadme los dos —dijo mi padre—. Esta noche voy a necesitar que me ayudéis. Ya sé que es difícil para vosotros, pero debéis tener paciencia. Os lo explicaré todo cuando estemos dentro del museo, prometido. Voy a arreglarlo todo.

—¿A qué te refieres? —insistió Sadie—. ¿Qué es lo que vas a arreglar?

La expresión de papá superaba la tristeza. Casi era de puro remordimiento. Tuve un escalofrío al recordar lo que había dicho Sadie, que nuestros abuelos le echaban la culpa de la muerte de mamá. No podía estar hablando de eso, ¿verdad?

El taxista se metió en la calle Great Russell dando un volantazo y se detuvo con un chirrido de frenos justo delante de la entrada principal del museo.

—Vosotros seguidme la corriente —dijo mi padre—. Cuando nos encontremos al conservador, no hagáis cosas raras.

Pensé que Sadie nunca dejaba de hacer cosas raras, pero decidí callármelo.

Salimos del taxi. Yo saqué el equipaje mientras mi padre pagaba al conductor con un buen fajo de billetes. Entonces hizo una cosa extraña. Soltó unos objetos pequeños en el asiento trasero. Parecían piedras, pero había muy poca luz para estar seguro.

—Siga adelante —dijo al taxista—. Llévenos a Chelsea.

Aquello no tenía ningún sentido, ya que los tres estábamos fuera del taxi, pero el conductor aceleró y se fue. Miré a mi padre, luego al taxi y, antes de que doblara una esquina y se perdiera en la oscuridad, me sorprendió entrever la imagen de tres pasajeros en el asiento de atrás: un hombre y dos niños.

Parpadeé. No había manera de que ese taxi pudiera haber recogido a otros clientes tan deprisa.

—Papá...

—Los taxis de Londres nunca están libres mucho tiempo —dijo, sin inmutarse—. Venga, por aquí, chicos.

Cruzó dando zancadas las verjas de hierro forjado, que estaban abiertas. Sadie y yo vacilamos durante un segundo.

—Carter, ¿qué es lo que pasa aquí?

Yo meneé la cabeza.

—No estoy seguro de querer saberlo.

—Bueno, pues tú puedes quedarte aquí pasando frío si quieres, pero yo no me marchó sin una explicación.

Se dio la vuelta y empezó a caminar rápido hacia nuestro padre.

Mirándolo con perspectiva, tendría que haber echado a correr. Tendría que haber sacado de allí a Sadie, aunque fuese a rastras, y alejarme tanto como pudiera. Lo que hice fue cruzar las verjas tras ella.



2. Una explosión por Navidad

C
A
R
T
E
R

Ya había estado antes en el Museo Británico. En realidad, he estado en más museos de lo que me gusta admitir, porque me hace quedar como un bicho raro total.

[Eso que se oye de fondo es Sadie, gritando que es porque soy un bicho raro total. Gracias, hermanita.]

En fin, que el museo estaba cerrado y completamente a oscuras, pero en la escalinata frontal nos esperaban el conservador y dos vigilantes de seguridad.

—¡Doctor Kane!

El conservador era un tipo bajito y gordo que llevaba un traje barato. Yo había visto momias con más pelo y mejores dientes que él. Dio a mi padre un apretón de manos tan entusiasta como si le acabaran de presentar a una estrella de rock.

—El último artículo que publicó sobre Imhotep fue... ¡brillante! ¡No sé cómo logró traducir aquellos hechizos!

—¿Imo... qué? —me preguntó Sadie en voz baja.

—Imhotep —dije—. Sumo sacerdote y arquitecto. Algunos dicen que fue un mago. Diseñó la primera pirámide escalonada, ya sabes...

—No lo sé —dijo Sadie—. Ni me importa, pero gracias.

Mi padre agradeció al conservador que nos abriera las puertas en día festivo. Entonces me puso una mano en el hombro.

—Doctor Martin, quiero presentarle a Carter y a Sadie.

—¡Ah! Él es hijo suyo, salta a la vista, y... —El conservador miró a Sadie, dubitativo—. ¿Y la señorita?

—Mi hija —dijo papá.

Al doctor Martin se le quedó la mirada perdida durante un momento. Da igual lo abierta y educada que crea ser la gente, siempre se les nota en la cara el mismo instante de confusión cuando comprenden que Sadie es familia nuestra. A mí me sienta como una patada en el estómago, pero con los años me he acostumbrado a darlo por hecho.

El conservador recuperó la sonrisa.

—Sí, sí, por supuesto. Vengan por aquí, doctor Kane. ¡Para nosotros es un honor!

Los vigilantes cerraron las puertas con llave a nuestras espaldas. Nos cogieron el equipaje y entonces uno de los dos alargó el brazo hacia la bolsa de trabajo de papá.

—Hummm, no —dijo mi padre con una sonrisa tensa—. Esta me la quedo.

Dejamos a los guardias en el vestíbulo y seguimos al conservador hacia el Gran Atrio. Por la noche, era un lugar siniestro. Las láminas de cristal que formaban la cúpula dejaban pasar una luz tenue que proyectaba sombras entrecruzadas en las paredes, como una telaraña gigante. Nuestros pasos daban chasquidos contra el suelo blanco de mármol.

—Bueno —dijo mi padre—, veamos la piedra.

—¡Eso! —exclamó el conservador—. Aunque no se me ocurre qué información nueva podría usted sacarle. La han estudiado hasta la saciedad; es nuestra pieza más famosa, por supuesto.

—Por supuesto —dijo mi padre—. Pero tal vez se lleve una sorpresa.

—¿Y ahora de qué habla? —me preguntó Sadie con un susurro.

No le contesté. Sospechaba de qué piedra estaban hablando, pero no se me ocurría ningún motivo para que mi padre nos llevara a verla en Nochebuena.

Me pregunté qué había estado a punto de decirnos en la Aguja de Cleopatra... algo sobre nuestra madre y la noche de su muerte. Además, ¿por qué no paraba de mirar hacia todas partes? ¿Temía que aparecieran otra vez aquellos tíos raros de la Aguja? Estábamos encerrados en un museo protegido por vigilantes y medidas de seguridad de alta tecnología. Allí dentro no teníamos nada de que preocuparnos... o eso esperaba.

Giramos a la izquierda para entrar en el ala egipcia del museo. En las paredes había hileras de estatuas enormes que representaban a faraones y dioses, pero mi padre pasó sin mirarlas hasta llegar a la atracción principal, que estaba en el centro de la sala.

—Preciosa —murmuró mi padre—. ¿Seguro que no es una réplica?

—No, no —le aseguró el conservador—. No siempre tenemos expuesta la piedra original, pero tratándose de usted... esta es la de verdad.

Mirábamos una tabla de piedra que mediría algo más de un metro de alto y unos setenta centímetros de ancho. Estaba expuesta sobre un pedestal, en el interior de una vitrina transparente. La superficie plana de la piedra estaba dividida en tres franjas donde se veían cincelados tres tipos distintos de escritura. La parte de arriba contenía palabras hechas con dibujos del antiguo Egipto: jeroglíficos. La sección central... tuve que estrujarme el cerebro para recordar cómo lo había llamado mi padre: «demótico», un tipo de escritura procedente de cuando los griegos controlaban Egipto y se colaron un montón de palabras griegas en el idioma. Las líneas de abajo estaban en griego.

—La Piedra de Rosetta —dije.

—¿Eso no era un programa de ordenador? —preguntó Sadie.

Quise decirle lo bobo que era, pero el conservador me interrumpió con una risita nerviosa.

—¡Señorita, la Piedra de Rosetta fue la clave para descifrar los jeroglíficos! La descubrió en 1799 el ejército de Napoleón y...

—Ah, es verdad —dijo Sadie—. Ya me acuerdo.

Yo sabía que solo lo decía para hacer callar al doctor Martin, pero mi padre insistió en el tema:

—Sadie, hasta que descubrieron esta piedra, los mortales normales... hum, quiero decir, nadie había podido leer los jeroglíficos durante siglos. La antigua escritura egipcia había quedado olvidada por completo. Entonces un inglés llamado Thomas Young demostró que las tres lenguas de la Piedra de Rosetta transmitían el mismo mensaje. Un francés llamado Champollion recogió el testigo y descifró el código de los jeroglíficos.

Sadie siguió mascando chicle, poco impresionada.

—¿Y qué dice?

Mi padre se encogió de hombros.

—Nada importante. Básicamente, es una carta de agradecimiento que escribieron unos sacerdotes al rey Ptolomeo V. Cuando la tallaron, la piedra no era gran cosa. Pero con el paso de los siglos... con el paso de los siglos, se ha convertido en un símbolo de gran poder. Quizá sea la conexión más importante entre el antiguo Egipto y el mundo moderno. Fui un tonto al no comprender antes el potencial que tiene.

Yo no entendía de qué hablaba, y por lo visto el conservador tampoco.

—Doctor Kane —dijo—, ¿se encuentra bien?

Papá respiró profundamente.

—Discúlpeme, doctor Martin. Estaba... pensando en voz alta, nada más. ¿Podríamos retirar el cristal? Y si pudiera traerme los papeles de sus archivos que le pedí...

El doctor Martin asintió. Tecleó un código en un pequeño mando a distancia, y la parte frontal de la vitrina de cristal se abrió con un chasquido.

—Tardaré unos minutos en reunir las notas —dijo el conservador—. Si se tratase de otra persona, me resistiría a permitirle acceder a la piedra sin supervisión, como usted solicitó. Confío en que tenga cuidado.

Nos miró a Sadie y a mí como si fuéramos unos gamberros.

—Iremos con cuidado —le prometió mi padre.

Cuando los pasos del doctor Martin se perdieron en la distancia, papá se volvió hacia nosotros con una expresión frenética.

—Niños, esto es muy importante. Tenéis que quedaros fuera de esta sala.

Se quitó la bolsa de trabajo del hombro y abrió la cremallera lo justo para sacar una cadena y un candado.

—Seguid al doctor Martin. Su despacho está al final del Gran Atrio, a la izquierda. Solo tiene una puerta. Cuando esté dentro, pasad esto alrededor de las manecillas y cerradlo bien fuerte. Tenemos que retrasarlo.

—¿Quieres que lo dejemos encerrado? —preguntó Sadie, interesada de repente—. ¡Genial!

—Papá —dije yo—, ¿qué está pasando?

—No hay tiempo para explicaciones —replicó él—. Esta será vuestra única oportunidad. Ya vienen.

—¿Quiénes vienen? —preguntó Sadie.

Él la agarró por los hombros.

—Cariño, te quiero. Y lo lamento... Lamento muchas cosas, pero ahora no tenemos tiempo. Si esto funciona, te prometo que las cosas mejorarán para todos nosotros. Carter, tú eres mi hombre valiente. Debes confiar en mí. Recordad, tenéis que encerrar al doctor Martin. ¡Y luego no volváis a esta sala!

Encadenar la puerta del conservador resultó fácil. Pero, al terminar, volvimos la mirada hacia el lugar del que veníamos y vimos una luz azul que emanaba de la galería egipcia, como si nuestro padre hubiera instalado un acuario luminoso gigante.

Sadie me miró a los ojos.

—Ahora en serio, ¿tienes la menor idea de lo que está tramando?

—Ni la más mínima —contesté—. Pero últimamente ha estado bastante raro. Piensa mucho en mamá. Tiene una foto suya...

No quería decir más. Por suerte, Sadie asintió como si lo comprendiera.

—¿Qué lleva en la bolsa de trabajo?

—No lo sé. Me dijo que no debía mirar dentro nunca.

Sadie enarcó una ceja.

—¿Y no lo hiciste? Dios, qué típico de ti, Carter. No tienes arreglo.

Quise defenderme, pero junto entonces el suelo se agitó como en un terremoto.

Sadie se sobresaltó y me agarró un brazo.

—Nos ha dicho que nos quedásemos aquí. No me digas que también vas a obedecer esa orden.

En realidad, a mí la orden me sonaba de maravilla, pero Sadie echó a correr por el salón y, tras dudarlo un momento, la seguí.

Cuando llegamos a la entrada de la galería egipcia, nos quedamos clavados en el suelo. Nuestro padre estaba de pie ante la Piedra de Rosetta, de espaldas a nosotros, con un círculo azul que brillaba en el suelo a su alrededor como si alguien hubiera encendido unos tubos de neón ocultos.

Se había quitado el abrigo. Tenía la bolsa de trabajo abierta a sus pies, y dentro se veía una caja de madera de unos setenta centímetros de longitud, pintada con imágenes egipcias.

—¿Qué tiene en la mano? —me preguntó Sadie en voz baja—. ¿Eso no es un bumerán?

En efecto, cuando papá levantó el brazo, enarbolaba un palo blanco curvado que tenía bastante pinta de bumerán. Pero, en lugar de lanzarlo, tocó con él la Piedra de Rosetta. Sadie se quedó sin aliento. Papá estaba «escribiendo» en la piedra. Allí donde el bumerán hacía contacto, aparecían unas líneas relucientes sobre el granito. Jeroglíficos.

No tenía ningún sentido. ¿Cómo podía escribir palabras relucientes con un palo? Aun así, la imagen era brillante y nítida: unos cuernos de carnero por encima de un cuadrado y una equis.



—«Ábrete» —murmuró Sadie.

La miré extrañado, porque parecía que había traducido la palabra y eso era imposible. Yo llevaba años yendo por ahí con papá, y aun así solo sabía leer unos pocos jeroglíficos. Son difíciles de verdad.

Mi padre levantó los brazos y entonó:

—*Wo-siir, i-ei*.

Grabó otros dos símbolos con llamas azules en la superficie de la Piedra de Rosetta.



Por pasmado que me hubiera quedado, reconocí el primer símbolo. Era el nombre del dios egipcio de los muertos.

—*Wo-siir* —susurré. Nunca lo había oído pronunciar así, pero sabía lo que significaba—: Osiris.

—«Osiris, ven» —dijo Sadie, como en trance. Entonces abrió mucho los ojos—. ¡No! —exclamó—. ¡Papá, no!

Nuestro padre se dio la vuelta, sorprendido. Empezó a decir «Niños...», pero ya era demasiado tarde. El suelo retumbó. La luz azulada se volvió de un blanco abrasador y la Piedra de Rosetta estalló en mil pedazos.

Cuando recobré la conciencia, lo primero que oí fue una risa, una risa horrible y jubilosa, mezclada con el ruido atronador de las alarmas del museo. Me sentí igual que si me acabara de atropellar un tractor. Aturdido, me incorporé y escupí un trocito de Piedra de Rosetta. La galería estaba llena de cascotes. Por todo el suelo se veían unos charcos encendidos en llamas. Había grandes estatuas derribadas, sarcófagos caídos de sus pedestales. Algunos fragmentos de la Piedra de Rosetta habían salido disparados con tanta fuerza que estaban incrustados en las columnas, las paredes y las otras piezas de la exposición.

Sadie estaba inconsciente a mi lado, aunque parecía ilesa. Le sacudí un hombro y ella gruñó:

—Uj.

Delante de nosotros, en el lugar que había ocupado la Piedra de Rosetta, había un pedestal humeante y partido. El suelo estaba todo ennegrecido con un patrón de estrellas, excepto en el círculo azul brillante que rodeaba a nuestro padre.

Él estaba encarado hacia nosotros, pero no parecía mirarnos. Tenía un corte ensangrentado en la cabeza y agarraba su bumerán con fuerza.

No sabía qué miraba mi padre. Entonces la horrible risa volvió a llenar de ecos la sala, y comprendí que brotaba del aire que había ante nosotros.

Tenía algo delante. Al principio, apenas pude distinguirlo: era solo una neblina provocada por el calor. Pero, al concentrarme, tomó una forma difusa: la silueta en llamas de un hombre.

Era más alto que mi padre, y su carcajada me atravesó como si fuera una motosierra.

—Bien hecho —dijo la figura a mi padre—. Muy bien hecho, Julius.

—¡Tú no has sido convocado! —exclamó mi padre con voz temblorosa.

Levantó el bumerán, pero el hombre en llamas extendió un dedo y el palo salió disparado de la mano de papá y se hizo astillas contra la pared.

—A mí nunca se me convoca, Julius —dijo el hombre con tono meloso—, pero, cuando abres una puerta, debes prepararte para que aparezcan invitados.

—¡Regresa a la Duat! —rugió mi padre—. ¡Yo ostento el poder del Gran Rey!

—Vaya, qué miedo —replicó el hombre ardiente, divertido—. Aunque supieras cómo utilizar ese poder, que no sabes, él nunca supuso un rival para mí. Yo soy el más fuerte. Ahora su destino será el tuyo.

Yo no comprendía nada, pero sabía que debía ayudar a mi padre. Intenté coger el pedrusco más cercano, pero tenía tanto miedo que notaba los dedos congelados y torpes. Mis manos eran inútiles.

Papá me lanzó una mirada silenciosa de advertencia: «Salid de aquí». Me di cuenta de que se había situado a propósito de forma que el hombre en llamas nos diera la espalda, confiando en que Sadie y yo pudiéramos escapar sin que nos viera.

Sadie seguía grogui. Logré arrastrarla hasta la sombra de detrás de una columna. Cuando empezó a quejarse, le tapé la boca con una mano. Eso terminó de despertarla. Vio lo que estaba ocurriendo y dejó de revolverse.

Las alarmas eran ensordecedoras. Los fuegos ardían alrededor de las entradas de la galería. Los guardias debían de estar en camino, pero yo no estaba muy seguro de que eso nos conviniera.

Papá se acuclilló sin apartar la mirada de su enemigo y abrió la caja de madera pintada. Sacó una varilla parecida a una regla de medir. Murmuró algo entre dientes, y la vara se alargó hasta convertirse en un báculo de madera tan alto como él.

Sadie se sobresaltó. Yo tampoco podía creerme lo que veía, pero entonces las cosas se volvieron aún más extrañas.

Papá arrojó su bastón a los pies del hombre en llamas, y la madera se transformó en una serpiente enorme, de tres metros de longitud y tan corpulenta como yo, con escamas cobrizas y unos brillantes ojos rojos. La serpiente se lanzó hacia el hombre en llamas, quien la agarró por el cuello sin ningún esfuerzo. Las manos del hombre se encendieron en llamas al rojo vivo, y la serpiente ardió por completo. Solo quedaron cenizas.

—Un truco muy viejo, Julius —le riñó el hombre ardiente.

Mi padre nos lanzó otra mirada, volviendo a apremiarnos en silencio para que nos marcháramos. Una parte de mí se negaba a creer que algo de todo aquello fuese real. Quizá todavía estuviera inconsciente, teniendo una pesadilla. A mi lado, Sadie cogió un cascote.

—¿A cuántos? —preguntó enseguida mi padre, intentando retener la atención de su adversario—. ¿A cuántos he liberado?

—A los cinco, por supuesto —respondió el hombre, como si le explicara algo a un niño—. Ya deberías saber que el trato nos incluye a todos, Julius. Muy pronto liberaré a otros, y todos estarán muy agradecidos. Recuperaré el trono.

—Los días demoníacos —dijo mi padre—. Te detendrán antes de que sea demasiado tarde.

El hombre en llamas se rió.

—¿Crees que la Casa puede detenerme? Esos viejos chochos no pueden ni dejar de discutir entre ellos. Hoy se inicia el relato de una historia nueva. ¡Y esta vez tú nunca te alzarás!

El hombre movió una mano. El círculo azul que estaba a los pies de papá se oscureció. Mi padre intentó alcanzar su caja de herramientas, pero salió disparada resbalando por el suelo.

—Adiós, Osiris —dijo el hombre en llamas.

Con otro gesto de la mano, conjuró un ataúd brillante alrededor de nuestro padre. Al principio era transparente, pero, mientras mi padre se debatía y daba golpetazos contra los laterales, el ataúd se volvió más y más solido hasta convertirse en un sarcófago egipcio dorado, con joyas incrustadas. Mi padre me miró a los ojos por última vez y vocalizó la palabra «¡Corred!» antes de que el ataúd se hundiera en el suelo, como si el piso del museo se hubiera transformado en agua.

—¡Papá! —grité.

Sadie arrojó su piedra, pero el proyectil atravesó la cabeza del hombre en llamas sin hacerle ningún daño.

Él se giró y, por un terrible instante, su cara apareció entre el fuego. Lo que vi no tenía ningún sentido. Parecía que alguien hubiera superpuesto dos caras distintas en el mismo espacio: una casi humana, de piel pálida, facciones crueles y angulosas y unos ojos rojos brillantes, la otra parecida a la de un animal con pelaje oscuro y colmillos afilados. Era peor que un perro, un lobo o un león; era un animal que yo no había visto nunca. Esos ojos rojos me miraron atentamente, y supe que estaba a punto de morir.

A mis espaldas, unos pasos fuertes resonaron en el suelo de mármol del Gran Atrio. Unas voces daban órdenes a voz en grito. Eran los guardias de seguridad, tal vez la policía... pero no podrían llegar a tiempo.

El hombre en llamas se abalanzó sobre nosotros. Cuando estaba a pocos centímetros de mi cara, algo lo empujó hacia atrás. El aire

chisporroteó de electricidad. El amuleto que llevaba en el cuello se puso tan caliente que me molestaba.

El hombre en llamas siseó, mirándome con más cautela.

—Así que... eres tú.

El edificio volvió a temblar. En el otro extremo de la sala, parte de la pared explotó con un brillante fogonazo de luz. Por el hueco entraron dos personas, el hombre y la chica a los que habíamos visto en la Aguja, con sus vestiduras ondeando en torno a ellos. Los dos llevaban báculos.

El hombre de fuego lanzó un alarido animal. Me miró una última vez y dijo:

—Muy pronto, chico.

Entonces la sala entera estalló en llamas. La ola de calor me sacó todo el aire de los pulmones y me tiró al suelo.

Lo último que recuerdo es que el hombre de la barba bifurcada y la chica estaban de pie a mi lado. Oí a los guardias del museo corriendo y gritando, cada vez más cerca. La chica se agachó sobre mí y sacó un cuchillo largo y curvo de su cinturón.

—Debemos actuar con rapidez —dijo a su compañero.

—Todavía no —replicó él con cierto reparo. Tenía un marcado acento francés—. Tenemos que estar seguros antes de destruirlos.

Cerré los ojos y poco a poco perdí la conciencia.